
ESPAÑA/CATALUNYA

PLURAL

Diálogo 17 (Barcelona, 11-12-2019)

ESTABILIDAD Y LEALTAD

UN NUEVO MARCO DE ACTUACIÓN

ANDREU MAS-COLELL

Catedrático de Economía

CARLOS SOLCHAGA

Exministro de Economía

—

LOLA GARCÍA

Directora adjunta de *La Vanguardia*

MÁRIAM MARTÍNEZ-BASCUÑÁN

Directora de Opinión de *El País*

Asociación de Periodistas  Europeos

Fundación Diario
Madrid 

 CERCLE D'ECONOMIA



Asociación de Periodistas Europeos

Fundación Diario
Madrid

CERCLE D'ECONOMIA

PRESENTACIÓN

La Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Diario Madrid decidieron en 2013 poner en marcha un ciclo de diálogos que facilitara el entendimiento entre Cataluña y el resto de España. La relación ya empezaba a deteriorarse y quisimos dar voz a posturas alejadas del extremismo. La idea era poner en valor voces apenas escuchadas desde las trincheras ideológicas de cada bando por ser independientes, moderadas y críticas; voces, en definitiva, que quisieran entender al que piensa diferente.

Hemos celebrado ya dieciséis diálogos y en ellos hemos planteado cuestiones tan diversas como la interpretación y el uso de la historia, los aciertos y errores de la Transición española, las posibles causas económicas del desafecto, el papel de Europa y la incertidumbre de su ausencia, el ADN de los nacionalismos, las causas y consecuencias de una consulta no pactada, la mirada del otro, el itinerario de errores innecesarios, la prensa y su manipulación como fuerza política de choque, la judicialización de la política y la politización de la justicia, la construcción de los relatos y el uso de las emociones. Estos diálogos han contado con las voces autorizadas de José Álvarez Junco y Joaquim Coll; de Francisco Rubio Llorente y Manuel Cruz; Miquel Roca y Miguel Herrero de Miñón; Carlos Solchaga y Guillem López Casasnovas; Josep Borrell y Juan José López Burniol; Santos Juliá y Josep Maria Fradera; Michael Ignatieff y Francesc de Carreras; Enoch Alberti y Fernando Vallespín; Salvador Giner y Santiago Muñoz Machado; Andreu Mas-Collell y Joaquín Almunia; Joana Ortega y José Manuel García Margallo; Mònica Terribas e Iñaki Gabilondo; Josep Maria Vallés y Cándido Conde Pumpido; Marina Subirats y Joaquín Arango; Santi Vila y Francesc de Carreras y, por último, de Jaume Roures y Màrius Carol.

Seis años y dieciséis ediciones después y ante un panorama distinto —que no mejor—, el Cercle d’Economia ha creído conveniente sumarse a esta iniciativa con el propósito de facilitar el espacio de entendimiento. La decimoséptima entrega tuvo lugar en su sede de Barcelona el 11 de diciembre de 2019 y abordó el nuevo marco de actuación que necesitan las relaciones entre Cataluña y el resto de España. Veníamos de la victoria por la mínima de Pedro Sánchez en las elecciones generales de noviembre y nos encontrábamos en plenas negociaciones para la investidura del presidente del Gobierno. El PSOE buscaba la abstención de ERC.

La presentación corrió a cargo del presidente del Cercle, Javier Faus, y del periodista Miguel Ángel Aguilar. El diálogo lo protagonizaron el exconseller Andreu Mas-Colell y el exministro Carlos Solchaga, con la moderación de Lola García, directora adjunta de *La Vanguardia*, y Mária Martínez-Bascuñán, directora de Opinión de *El País*.

Partió Solchaga de la dificultad de pedir lealtad constitucional a quien considera la Constitución como el primero y más complejo de los escollos a salvar, y analizó los fracasos en los que incurrió el *procés*, que en su opinión son cuatro: político, económico, internacional y logístico. Consideró imprescindible el establecimiento de unas nuevas relaciones —investidura mediante— que garantizaran la estabilidad que necesita una legislatura de diálogo. En esta búsqueda de acuerdos integradores sería imprescindible incluir a los partidos de la derecha española y catalana.

Mas-Colell, por su parte, dividió en cuatro las sensibilidades alrededor del conflicto, que superan la mera división ideológica de partidos. De un lado, estarían los soberanistas independentistas y los soberanistas a-independentistas y, del otro lado, los que tienen una sensibilidad dialogante y los que no. A su juicio, una reforma constitucional a corto plazo no resolvería el conflicto. Opinó que serán necesarias dos legislaturas —ocho años— para ir superando los distintos hitos y desembocar en una reforma que permita la consulta, pero sólo

si existe una mayoría amplia que los demande. Esta consulta, en opinión de Solchaga, necesitaría un marco jurídico muy definido y el compromiso de que no pudiera repetirse cíclicamente.

Andreu Mas-Colell y Carlos Solchaga coincidieron, por tanto, en que la resolución del problema no es ni rápida ni sencilla y que requiere de prudencia, distensión, tiempo y, sobre todo, esfuerzo. En todo caso, cualquier solución debe ser inclusiva y no dejar fuera a nadie.

En el capítulo de las discrepancias destacó la relativa a la responsabilidad del Tribunal Constitucional en el conflicto y a la visión que de Cataluña se tiene en los organismos oficiales «de Madrid».

Juan de Oñate
Xavier Mas de Xaxàs

*El decimoséptimo encuentro del ciclo
«España plural / Catalunya plural»
se celebró en la sede del Cercle d'Economia de Barcelona
el 11 de diciembre de 2019 bajo el título
«Estabilidad y lealtad: un nuevo marco de actuación».
Participaron en el diálogo:*

Andreu Mas-Colell

Catedrático y exconseller
de Economía de la
Generalitat de Catalunya



Carlos Solchaga

Exministro de Economía



Con la moderación de:

Lola García (directora adjunta de *La Vanguardia*) y

Máriam Martínez-Bascuñán (directora de Opinión de *El País*)



JAVIER FAUS: Bienvenidos al Cercle d’Economia. Ante todo, gracias al ministro Carlos Solchaga y al conseller Andreu Mas-Colell por haber aceptado la invitación. Es un honor y un placer acoger los diálogos «España plural / Catalunya plural», una iniciativa conjunta de la Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Diario Madrid que lleva dieciséis ediciones y a la que se suma encantado a partir de este encuentro el Cercle d’Economia con el propósito de organizar varios diálogos que analicen de manera alternativa en Barcelona y Madrid la realidad de esa España plural y esa Cataluña plural desde distintos ángulos.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Muchas gracias, presidente. Es un placer iniciar hoy esta colaboración entre la Asociación de Periodistas Europeos, la Fundación Diario Madrid y el Cercle d’Economia para continuar el ciclo de diálogos que ideamos en 2013, cuando nadie salía al ruedo, con el propósito de facilitar un diálogo que se atuviera a la razonabilidad, de tal manera que cada uno mantenga su posición desde los argumentos y pasemos de las emociones a los argumentos, intentando que prevalezca en todo momento la inteligencia sentiente.

Durante las dieciséis primeras ediciones, han desfilado gentes de primerísimo nivel por este ciclo de diálogos. Empezamos con José Álvarez Junco y Joaquim Coll; a los que siguieron Francisco Rubio Llorente y Manuel Cruz; Miquel Roca y Miguel Herrero de Miñón; Carlos Solchaga y Guillem López Casasnovas; Josep Borrell y Juan José López Burniol; Santos Juliá y Josep María Fradera; Michael Ignatieff y Francesc de Carreras; Enoch Albertí y Fernando Vallespín; Salvador Giner y Santiago Muñoz Machado; Andreu Mas-Colell y Joaquín Almunia; Joana Ortega y José Manuel García Margallo; Mònica Terribas e Iñaki Gabilondo; Josep Maria Vallès y Cándido Conde Pumpido; Marina Subirats y Joaquín Arango; Santi Vila y Francesc de Carreras y, por último, Jaume Roures y Màrius Carol. Como decía el presidente del Cercle d’Economia, todo esto se hace alternativamente en Madrid y Barcelona.

Antes de dar inicio a un nuevo diálogo, quiero agradecer una vez más al presidente del Cercle que nos acoga en su maravilloso seno en una colaboración que orbitará en el entendimiento, la inteligencia y la razón.

LOLA GARCÍA: En primer lugar quiero dar las gracias a todos los presentes, gracias al Cercle d’Economia, a la Fundación Diario Madrid y a la Asociación de Periodistas Europeos por convocarnos a esta jornada. Durante esta decimoséptima jornada del ciclo «España plural, Catalunya plural» vamos a hablar de «Estabilidad y lealtad: un nuevo marco de actuación». Cuando me propusieron la moderación de este pequeño debate pensé que no estamos precisamente en un periodo de estabilidad, que la lealtad brilla por su ausencia y que no sé yo si va a surgir algún nuevo marco de actuación. Están en ello —dicen estos días—, con reuniones —unas secretas y otras no— en Madrid y en Barcelona. Me gustará saber la opinión de nuestros invitados sobre el momento en el que estamos y si creen que estamos ante un nuevo marco.

Hace ya dos años que culminó un proceso de aceleración de la política catalana, impulsada por un malestar —podríamos entrar en las causas, que seguro que son muy diversas—, que tuvo su clímax aquel 1 de octubre de 2017, con la aprobación de unas leyes que se saltaban el Estatut y la Constitución y que acabaron en una declaración unilateral de independencia y el encarcelamiento de los líderes del Govern, de los líderes independentistas. De aquello han pasado dos años y yo me pregunto en qué momento estamos ahora, después de estos dos años. Hay algunos independentistas que consideran que estamos en una especie de prórroga del *procés*. Otros consideran que hay que llegar a un referéndum pactado en un plazo relativamente breve; en uno, dos o tres años. Y otros asumen que ese referéndum no tendrá lugar en un horizonte más o menos próximo y que lo que hay que hacer es intentar de nuevo la vía unilateral pero que, para que ésta tenga éxito, se ha de conseguir un mayor apoyo social. En fin, hay opiniones diversas sobre el momento en el que

estamos. Saben ustedes que en *La Vanguardia* escribimos bastante sobre este tema. Pensando un poco en qué momento estamos, podríamos decir que estamos en lo que una persona en la Moncloa me describió hace unos días como una «pista de aterrizaje». Una pista de aterrizaje, efectivamente, para todo lo que pasó hace dos años, aunque se viniera madurando durante los seis o siete años previos. Se está construyendo esa pista de aterrizaje y hay que aterrizar en unas condiciones meteorológicas que me temo que son bastante complicadas, porque tenemos unas elecciones catalanas a la vista, tenemos una situación de bloqueo en la política española y tenemos un contexto internacional que tampoco ayuda, con el auge de populismos, el auge de nacionalismos, la crisis de la socialdemocracia, la desaceleración económica —de la que seguro hablarán bastante nuestros invitados— y la debilidad de Europa. En fin, las condiciones no son precisamente las mejores para un buen aterrizaje, pues no vivimos en una burbuja, sino que todo nos afecta, y mucho.

Estamos en lo que una persona en la Moncloa definió como una «pista de aterrizaje» y hay que aterrizar en unas condiciones meteorológicas que me temo que son bastante complicadas

Tenemos con nosotros, para hablar de todo ello, a dos eminentes economistas y políticos. Y digo políticos porque a mí me parece que no existen los expolíticos. Creo que ser político es un poco como ser periodista, en tanto que es una forma de ver y analizar lo que nos rodea. Por tanto, yo los sigo considerando políticos. Son dos políticos, además, que se han curtido en situaciones muy complicadas. Tanto el señor Solchaga como el señor Mas-Colell han tenido que desempeñar sus funciones públicas durante momentos realmente delicados y con una contestación social importantísima. En el caso del señor Sol-

chaga, en la época de las reconversiones industriales y, en el caso del señor Mas-Colell, en aquella época de recortes y de protesta social, aparte del 9-N, que le tocó vivir desde el Govern.

Me gustará que nos dijeran un poco cómo ven las cosas, si creen o no que estamos efectivamente en una pista de aterrizaje, si es posible encauzar todo este malestar que estamos viviendo y, en caso de serlo, cómo podría hacerse. Sé que esto es el Cercle d'Economia y sé que ellos son, ante todo, economistas, pero creo que la situación política nos invade de tal forma que es inexcusable abordarla. Antes de escucharles, le cedo la palabra a Mária Martínez-Bascuñán, directora de Opinión de *El País*.

MÁRIAM MARTÍNEZ-BASCUÑÁN: Es un enorme placer estar aquí rodeada de eminencias. Yo vengo del ámbito universitario y conozco bien las aportaciones del profesor Mas-Colell en ese ámbito. Es un placer compartir debate tanto con él como con el ministro Solchaga. Y qué decir de Lola García, admirable como profesional, como periodista. Cualquiera que haya querido seguir el tema que nos reúne aquí desde esa distancia rigurosa, desde esa descripción rigurosa de los hechos, no tiene más que leer sus crónicas o su espléndido libro *El naufragio*. Por todo ello, no puedo sino agradecer al Cercle d'Economia, a la Asociación de Periodistas Europeos y a la Fundación Diario Madrid tanto esta iniciativa como que hayan contado conmigo.

Al calor de un momento que es extremadamente emocional y en un debate que se ha construido fundamentalmente sobre el refugio sentimental de las comunidades nacionales, ha habido ciertamente pocas entidades que hayan sido capaces de tender puentes, de hacer propuestas —como decía Lola— desde la razón, desde el rigor y con el ánimo de mejorar la convivencia. Sin duda, tanto el Cercle d'Economia como la Asociación de Periodistas Europeos son voces autorizadas dentro del debate público que pueden poner en marcha iniciativas valientes como ésta a través de debates donde se articulen propues-

tas que sean fruto de la razón y estén guiadas ante todo por un deseo de convivencia. Creo que hay que volver a los clásicos y empezar identificando cuáles son los objetivos. Yo pondría como primer objetivo el deseo de convivencia, plasmado en propuestas y en conversaciones que tienen que ser apreciadas, escuchadas y, sobre todo, tenidas en cuenta.

No me quiero extender en ninguna introducción. Simplemente decir que tengo muchísima curiosidad por lo que se va a decir aquí hoy y aprovechar que estoy entre dos autoridades para hacerles algunas preguntas. Pero, antes, permitidme un inciso. Si miramos hacia el pasado, veremos que en nuestro país, en España, el PSOE ha participado en el 60% de las reformas del Estado. En otras palabras, el PSOE ha sido el creador del 60% de la actual España política y legislativa; frente al PP, que podría ser responsable de un 40%. Profundizando en este margen cuantitativo, vemos que CiU apoyó con su voto el 85% de las leyes que han creado esa España política y legislativa.

Mi primera pregunta es si la situación se puede reconducir o si esta vía ha fallecido sin remedio. Es decir, si esta media alma de España que ha participado a lo largo de toda esa actividad de creación política y legislativa en nuestro país, en la que ha participado CiU, es decir, un importante sector de la política en Cataluña, es una vía agotada o si podemos atisbar una ventana de esperanza en las negociaciones que están teniendo lugar con Esquerra. ¿Podría Esquerra, por ejemplo, ocupar ahora ese espacio que ocupó CiU?

La segunda pregunta tiene que ver con cómo solemos pensar los problemas normalmente en términos de soluciones; sobre todo de una solución única. A

La sociedad política en Cataluña se divide, no tanto entre independentistas y no independentistas, sino entre los que están por solucionar y los que están por empeorar esta situación.

mí me gusta mucho la distinción que hacía Raimon Obiols, refiriéndose a la sociedad política en Cataluña, entre los que quieren solucionar y los que quieren empeorar la situación. No tanto entre independentistas y no independentistas sino entre los que están por solucionar las cosas y los que están por empeorar la situación. Yo me pregunto si es posible salir de esta lógica y entrar en una vía de gestión de la situación que tenga que ver con destensar socialmente o normalizar institucionalmente la situación, frente a la excepcionalidad en la que parece que estamos instalados, no solamente aquí, sino también en el resto del Estado.

CARLOS SOLCHAGA: Yo tuve la misma impresión que tuviste tú, Lola, cuando leí esto de «Estabilidad y lealtad: un nuevo marco de actuación». Me pregunté si se trataba de una petición de principio o si era simplemente un desiderátum. Verdaderamente es extraordinariamente difícil creer que contamos —ni ahora ni en el corto plazo— con una situación de estabilidad, ni política ni económicamente. No ya por nuestros propios defectos, sino también por el entorno internacional que nos rodea, extremadamente incierto e inseguro. Además, resulta muy difícil pedirle que tenga lealtad constitucional a quien cree que la Constitución es el mayor obstáculo al que se enfrenta para la obtención de sus objetivos políticos. Aun así, ambas cosas podrían generarse poco a poco, con gran paciencia, si trabajamos con buena fe. Es sobre esto sobre lo que quiero hacer algunas consideraciones que no me cabe duda mostrarán claramente cuál es mi posición en relación con las preguntas que nos habéis hecho.

Yo creo que lo primero que hay que hacer para tratar de garantizar que exista un diálogo —aparte, naturalmente, de salvar la investidura porque si no se salva la investidura no hay diálogo y las alternativas sólo pueden ser peores— es reconocer el fracaso, tanto para España como para Cataluña, o para los independentistas y para los que no lo somos, del procedimiento unilateral para alcanzar la independencia. Antes de que se llegara a la aprobación o al

pronunciamiento de la República de Cataluña, desde el Gobierno de Madrid se manejó muy mal la inteligencia sobre todo lo relacionado con el proceso de votación y la llegada de las urnas y, después, se manejó extraordinariamente mal el comportamiento de la policía durante el 1 de octubre. España salió de aquello con su reputación mermada y nuestra democracia puesta en tela de juicio —aunque yo creo que con frecuencia de manera exagerada y sesgada— por quienes vieron lo sucedido aquel día. Pero, desde el punto de vista de los independentistas, ¿no fue también un fracaso impresionante el procedimiento unilateral? ¿No fue un fracaso político declarar una república que cinco minutos después ya no estaba en vigor? ¿No fue un fracaso político no convocar unas elecciones para evitar el enfrentamiento y el 155? ¿No fue un fracaso político que los líderes independentistas acabaran en la cárcel?

Pero también fue un fracaso económico. Afortunadamente, como he dicho, la República catalana como tal duró tres minutos. Porque si hubiera durado más habríamos visto cosas bastante graves para la situación financiera de Cataluña. Es imposible declararse independiente y tener la menor viabilidad al día siguiente sin el apoyo del Tesoro español ni de los mercados internacionales. La calificación de riesgo de Cataluña, las desviaciones de comercio, los efectos frontera y otras tantas cosas son sólo algunas circunstancias, pues realmente no sabemos cuántos serían los problemas ni en qué medida podrían producirse si algún día llega a darse el caso de una declaración unilateral de independencia. Lo que sí se vio, en cambio, fue la ausencia del apoyo europeo a una Cataluña declarada independiente de manera no pactada o los cambios de residencia de las sedes de las grandes empresas de Cataluña. Algunos dirán que sólo es la residencia mientras a otros les parece más preocupante, pero lo que es innegable es que, una vez que una empresa que no quería irse de Barcelona —ni de ningún otro lugar de Cataluña— haya pasado por el trago de ponerse colorada al trasladar la residencia, es altamente improbable que vaya a reconsiderar esta situación mientras no vea las cosas muy claras.

Junto a esos fracasos político y económico, hubo también un fracaso internacional para los independentistas, porque —a pesar de lo que se dijo— se vio clarísimamente que ni la Unión Europea ni los países más importantes del concierto internacional de las naciones —como solía decirse en el siglo XIX— estaban dispuestos a respaldar una república nacida así. Y finalmente, hubo también un fracaso logístico, ya que —como ha dicho Andreu Mas-Colell— lo que se demostró en aquel momento fue que ni el pueblo ni las instituciones catalanas estaban preparados para la independencia. Y como la mayor parte de las cosas no va a cambiar ni a corto ni a medio plazo, estamos en una situación en la que deberíamos entender —unos y otros, independentistas y no independentistas, responsables políticos de Madrid y no de Madrid, de unos partidos y de otros— que no cabe sino la otra vía, la vía del diálogo.

Junto a los fracasos político y económico, el independentismo también fracasó a nivel internacional y logístico.

Según un estudio reciente del Centro de Estudios de Opinión de Cataluña, en Cataluña, el 80% de la población es partidaria del diálogo; un poco más de la mitad de este 80% es partidaria del diálogo sin condiciones previas y un poquito menos, con condiciones, es decir respetando el marco constitucional. En el resto de España, al menos el 68% de la población también está a favor de que exista dicho diálogo. De manera que, si nuestros políticos en activo —que son quienes tienen la responsabilidad directa— empezaran a escuchar lo que piensa una gran parte de la población, encontrarían en la de la ciudadanía razones de fondo para hacer el esfuerzo necesario para iniciar el diálogo.

Permítanme decir un par de cosas sobre el diálogo. En primer lugar, es menester ser muy prudentes respecto a las expectativas. ¿Por qué? Porque se ha adueñado del mundo de las relaciones entre partidos y entre fuerzas políticas

y se aviva con frecuencia desde los medios de comunicación la sensación de que meramente entrar en contacto, abrir un diálogo, poder hablar de una cosa u otra, contamina a una de las dos partes implicadas. De ahí que si alguien con una posición independentista es partidario de abrir un diálogo sin condiciones previas pueda ser considerado como un traidor. Y en el resto de España hace mucho tiempo que es evidente que la derecha está jugando a considerar que, en estos momentos, cuando se está tratando de llegar a un acuerdo para la investidura del secretario general del Partido Socialista, Pedro Sánchez, cualquiera que entre en contacto con un partido independentista ya está contaminado, ya está envenenado, ya no es digno de ser un personaje político con una voz que merezca ser oída.

Se ha adueñado del mundo de las relaciones entre partidos y se aviva con frecuencia desde los medios de comunicación la sensación de que el simple hecho de entrar en contacto, de abrir un diálogo, contamina a una de las dos partes.

A mí esto me parece la mayor de las hipocresías, además de un enorme error político. Nunca se hubiera hecho la Transición en España si alguien hubiera dicho que un 80% de los que representaban a los partidos de la derecha habían servido con Franco y hasta hace un par de días estaban muy contentos con Franco. Muchos empresarios, de aquí y de allá, habían vivido muy contentos con Franco antes de hacerse demócratas. Y tampoco se hubiera conseguido nunca aquello si alguien hubiera estado todo el día recordando las burradas cometidas por el Partido Comunista y las Juventudes Socialistas Unificadas durante la Guerra Civil. Ése no puede ser el camino. Yo creo para que sigamos construyendo mediante el diálogo una forma de convivir todos de forma relativamente razonable, suficientemente satisfactoria —ya sé que nunca va a ser

totalmente satisfactoria—, para empezar, es imprescindible considerar que no existen ninguna persona que deslegitime con su mera presencia la posibilidad del diálogo. Eso es algo en lo que yo creo profundamente. Lo creo aquí, lo creo en el País Vasco —con los ex-etarras, etcétera— y lo creo en cualquier otro lugar.

Pero el hecho de que yo crea eso —y estoy convencido de que hay mucha más gente que en el fondo también lo cree— no quiere decir que en estos momentos la atmósfera política sea precisamente la contraria, lo cual supone un enorme condicionante para el comienzo de cualquier diálogo. ¿Esto a qué nos lleva? Nos lleva a que ambas partes, si de verdad quieren entablar un diálogo, han de tener mucho cuidado a la hora de no hacerse imposible a la contraparte. Por ejemplo, los independentistas no deben hacer machadas en el Parlament de Cataluña —yendo más allá de lo que es el ordenamiento político normal— que le hagan imposible a la contraparte del Gobierno de Madrid cualquier tipo de acuerdo. O viceversa, el Gobierno no debe establecer cosas que pueden hacer que los independentistas se sientan agraviados. Ésa es la primera consideración con la que debe enfocarse cualquier tipo de diálogo.

Ambas partes, si quieren de verdad establecer un diálogo, han de tener mucho cuidado de no hacerse imposible a la contraparte.

Como decía, la segunda reflexión sobre el diálogo es que hay que ser prudente en lo que se puede esperar. A este respecto, además yo diría que hay que distinguir entre el corto y el medio plazo. En el corto plazo trataría de buscar todas aquellas cosas que en estos momentos están funcionando muy mal en las relaciones entre Cataluña y el resto del Estado español. Es decir, el problema de las transferencias y de las competencias mal organizadas. Además, hay un problema evidente de financiación global en todas las autonomías, in-

cluida Cataluña. Sería muy buena idea abordar ahora todo eso y hacerlo, además, de una manera que pudiera ir convocando a los demás. Porque cualquier acuerdo que logremos en esto o en otras cosas más profundas —a las que me voy a referir casi inmediatamente— debe ser todo lo inclusivo que sea posible. Estoy pensando en el Estatut del 2006, que se hizo con toda la alegría del Pacto del Tinell, teniendo en cuenta a la izquierda, negociando con los que representaban mayoritariamente a toda Cataluña pero dejando a un lado a la derecha. Y ya sabemos el fracaso que supuso. No se puede excluir a toda la derecha española, que representa aproximadamente el 50% de los votos; me da igual si es el 46% o el 54% de los votos. La tentación que podría haber de hacer lo mismo ahora, si se llegara a un acuerdo de investidura entre el PSOE y ERC —en este caso excluyendo a la antigua *Convergència i Unió*— sería un enorme error. Estos acuerdos tienen que ser inclusivos. Si no son inclusivos, están abocados inevitablemente al fracaso. Ser inclusivo no significa que necesariamente tengan que aguararse, pero sí que requieren paciencia y tiempo, porque todo lo demás es un camino equivocado.

Los acuerdos deben ser inclusivos. No se debió excluir a la derecha en el Estatut de 2006 ni se debe excluir ahora a la antigua CiU si se llegara a un pacto entre el PSOE y ERC.

Finalmente, a largo plazo, creo que los temas que hay que discutir —y que Dios me perdone por mencionarlos— son los siguientes. En primer lugar, ¿cuáles son las condiciones por las cuales la manifestación clara, continuada, de una mayoría en Cataluña del deseo de independencia debería llevar a modificar la Constitución y la Ley del Referéndum? ¿Cuánto tiempo debería transcurrir si se partiera de los diversos sondeos de opinión? ¿Cuál es el porcentaje de votos en el Parlament catalán que llevaría a solicitar al Parlamento español

esta vía, es decir, la reforma de la Constitución para que se pudiera hacer una consulta refrendada en Cataluña? Créanme ustedes que, ahora, eso resultaría imposible, pues en estos momentos ni siquiera existe el respaldo parlamentario de los noventa diputados del Parlament necesarios para modificar el Estatut de Cataluña. De manera que, a largo plazo, se tienen que dar unas circunstancias de forma consistente en el tiempo.

En segundo lugar, si se dieran esas circunstancias, ¿bajo qué procedimientos podrían modificarse la Constitución y la Ley del Referéndum? Yo creo que si pudiéramos sobre la mesa una reforma global de la Constitución —en la que cada uno que se presente ante la mesa y diga que quiere que se modifique esto y lo otro; por ejemplo la monarquía— la posibilidad de llegar a un acuerdo sobre una reforma constitucional que contribuyera a resolver el conflicto catalán sería prácticamente nula. Para que exista alguna posibilidad, tendría que hacerse una reforma muy concreta, de una manera muy pragmática y —una vez más conviene recordarlo— sin excluir a nadie, pues entonces estaría abocada al fracaso, ya que lo que se aprobara en un momento dado se desharía en la siguiente legislatura. Tiene que haber pues un consenso suficiente, tanto aquí como allí.

Si se dieran las circunstancias para modificar la Constitución y la Ley del Referéndum habría que hacerlo pensando en algo muy concreto y de manera muy pragmática y sin exclusión de grupos.

En tercer lugar, si se produjera finalmente una consulta en un marco jurídico adecuado, habría que establecer en qué condiciones debería producirse. Y, si el resultado fuera negativo, cuándo podría plantearse de nuevo una consulta similar. Porque una consulta no resuelve nada si se repite tantas veces como sea necesario para que salga el resultado que quieren algunos.

Finalmente, yo creo que esto aconseja dividir el trabajo en más de una mesa. Una mesa bilateral puede abordar muchos de los problemas del corto plazo a los que antes hacía referencia antes, pues es algo que ya prevé la Constitución, que está perfectamente previsto en las relaciones entre el Estado y las comunidades autónomas. Pero si empezamos a entrar en otros temas de mayor magnitud, como por ejemplo la financiación autonómica, ya sería menester incluir al resto de las comunidades.

Básicamente, esto es lo que quería decirles. La primera mesa ya la conocemos. La segunda mesa debe formarse en el Parlament catalán y, deseablemente, también en el Parlamento español. Sería una mesa de partidos en la cual habría que tratar por todos los medios que la situación no fuera exclusiva. Si me preguntan qué probabilidades creo que tiene la formación de una mesa así, yo diría que son extraordinariamente reducidas. Al menos en el Parlamento español. En el Parlament catalán lo dejo a su juicio, que ustedes sin duda conocerán mejor la situación que yo. Y, finalmente, una mesa de gobiernos que podría ayudar a desbloquear determinadas situaciones, de tal manera que, cuando en una de las dos mesas anteriores parezca que no hay salida, se puedan introducir nuevos dialogantes en dicha mesa, según las características del tema o la trascendencia del mismo.

En conclusión, primero hay que iniciar el diálogo y, en estos momentos, para eso es necesario que ERC facilite la investidura. En segundo lugar hay que

Si se adecuara el marco jurídico y se produjera la consulta, habría que establecer las condiciones y, si el resultado fuera negativo, cuándo podría plantearse una nueva consulta, porque de otro modo una consulta puede repetirse hasta que salga el resultado que algunos quieren.

abordar el diálogo con muchísima prudencia, tratando de no ponerle las cosas más difíciles de lo que ya son a la otra parte del diálogo. En tercer lugar, no esperemos grandes cosas ni milagros. Y, en cuarto lugar, distingamos entre el corto y el medio plazo. A corto plazo podemos lograr cosas, pero las cosas importantes, los objetivos a medio plazo, también deberían empezar a discutirse. Porque yo creo que quienes formamos parte del PSOE, del PP, de Convergència i Unió o del Partido Nacionalista Vasco podemos volver a formar consensos sobre la forma de organizar España, asegurando la convivencia entre las diferentes nacionalidades, entre diferentes personas y culturas también distintas. Esto es algo que podemos y debemos tratar de poner en marcha.

LOLA GARCÍA: Me encantan los políticos cuando dejan la política activa, porque entonces sí que entran a fondo en los temas. Esto que ha dicho se lo compra Esquerra Republicana mañana mismo. Lo que no sé es si se lo compraría el PSOE.

CARLOS SOLCHAGA: Como sabéis, yo soy afiliado al PSOE —no saben a veces lo que cuesta— pero aquí no hablo en nombre del PSOE sino en el mío propio. En efecto, es muy improbable que el PSOE hiciera suyas mis palabras; probablemente las rechazaría. Aclarado esto, he dicho lo que pienso sobre el tema.

LOLA GARCÍA: Señor Mas-Colell, ¿cómo ve el panorama?

ANDREU MAS-COLELL: En primer lugar, muchas gracias a los tres organizadores por la invitación a debatir con mi colega economista Carlos Solchaga. A mí me gusta medir mis palabras, así que la intervención inicial la tengo escrita. Las preguntas se pueden deducir de las respuestas.

En rigor, una reflexión sobre el futuro debería comenzar por una mirada al pasado. Pero en los pocos minutos disponibles prefiero concentrarme en el

futuro. El pasado es por todos conocido, aunque en nuestras necesarias críticas y autocríticas lo podamos interpretar de maneras diversas. El futuro, en cambio, no está predeterminado y lo que ahora importa es que colectivamente no nos equivoquemos o, mejor dicho —si se quiere y permitiéndome, como excepción, una mirada furtiva al pasado—, que no nos volvamos a equivocar.

Si no por otra cosa que por mi dedicación académica —y con perdón de Adam Smith—, sé bien que la interacción de múltiples decisores puede generar resultados que no son deseables para la inmensa mayoría de los mismos. Eso puede ocurrir incluso contando con su plena racionalidad. Y no digamos cuando las emociones juegan un papel destacado en la decisión colectiva. Me permitiréis, sin embargo, que proceda durante unos minutos bajo esa dudosa hipótesis.

En estas semanas la interacción en torno al conflicto catalán está entrando en una fase de negociación, formal e informal. Es de celebrar, ya que los niveles de tensión alcanzados son perjudiciales para todos. En la negociación —en el sentido amplio— tenemos, aquí y ahora, como mínimo cuatro sensibilidades. No intento asociarlas de forma estricta con partidos políticos. Hay correlaciones, pero también convivencia de sensibilidades dentro de una misma formación política; un factor más de complejidad. Por un lado, tenemos en Cataluña a los soberanistas independentistas, los de toda la vida, aquellos para los cuales una nación debe tener un Estado y ya está. Tenemos también a los soberanistas que llamaré a-independentistas, los que pueden

La interacción de múltiples decisores puede generar resultados que no son deseables para la inmensa mayoría de los mismos, incluso contando con su plena racionalidad, si, por ejemplo, las emociones juegan un papel destacado en la decisión colectiva.

relativizar la independencia y poner más énfasis en la preservación de la nación y en el autogobierno. Por otro lado, en el global español, incluso de Cataluña, tendríamos respecto al conflicto catalán la sensibilidad dialogante y la no dialogante. En términos de fuerza electoral, las dos últimas elecciones generales parecen demostrar que la dialogante es mayoritaria, aunque por poco. ¿Cuál debería ser el resultado de la interacción estratégica de estas cuatro sensibilidades con respecto a la formación de un Gobierno?

Más allá, pienso que, bajo la hipótesis de la racionalidad, el resultado debería ser uno en la que la mayoría parlamentaria, reflejo de la mayoría social, de paso a un Gobierno que propicie el diálogo y la negociación. Desde el lado catalán, propiciarlo es lo que técnicamente se denomina una estrategia dominante, que es lo mejor en cualquier circunstancia. Para los soberanistas a-independentistas que, como tales, mantienen alguna esperanza de que la negociación pueda dar resultados positivos, la actitud natural será la de no cerrar el paso a este Gobierno. Y los que no lo creen, los soberanistas independentistas, deben hacer lo mismo, porque si tan convencidos están del fracaso de la negociación, será demostrando que están dispuestos a negociar —y, añadido, limitándose a manifestaciones de protesta ordenadas, demostrativas y no disruptivas— cómo se cargarán de razón. En la terminología al uso, ampliarán así la base para la siguiente fase del contencioso. Evidentemente, en ese caso, también la estrategia será la mejor para la sensibilidad dialogante española.

En resumen, esperemos que se forme un Gobierno que impuse diálogo y negociación. La siguiente pregunta es entonces el ritmo y el contenido de esa negociación. El ritmo va a ser necesariamente lento. Los conflictos difíciles son aquellos en los que falta la confianza. Las partes pueden intuir los parámetros de un compromiso posible pero si ninguna de ellas confía en la otra el compromiso sólo se alcanzará si se construye primero, o simultáneamente, un marco de confianza en su cumplimiento. Y esto sólo se puede llevar a cabo paso a paso, hito a hito.

Otro factor que propicia la lentitud es la realidad de la prisión y el exilio. Creo que hay que pensar a ocho años vista —dos legislaturas completas—, lo cual significa que en los primeros habría que asegurar que tengamos los siguientes cuatro. Tampoco es fácil precisar los contenidos y los hitos que es realista alcanzar en un primer periodo de cuatro años, porque en gran medida se trata de alcanzar un clima de distensión y de interlocución permanente, fluida y progresivamente empática. No es realista, sin embargo, esperar que a esto se llegue, simplemente, por el hecho mismo de hablar. Deberá haber gestos con sustancia y un encadenamiento de hitos. No me corresponde concretar éstos, aunque ya he mencionado dos por el lado catalán: facilitar la formación de gobierno y limitarse a movilizaciones ordenadas y no disruptivas. Por el lado bueno de España sí diría lo siguiente. A mi entender, dos ejes propulsores de la desafección catalana —en la terminología del president Montilla— son la percepción de que el modelo territorial centralizado se está consolidando con fuerza —ejemplarizado en el mapa del AVE o en el crecimiento del poder económico de Madrid— y la percepción de que España ve la identidad nacional catalana —o, si se quiere, la nacionalidad catalana— como una amenaza y, en particular, la prevalencia de la lengua como una imperfección. Pienso que el soberanismo, entendido como la convicción de que el pueblo catalán es un sujeto político, no decrecerá

Creo que hay que pensar a ocho años vista —dos legislaturas completas—, lo cual significa que en los primeros habría que asegurar que tengamos los siguientes cuatro. Tras ocho años para una escalada de hitos es natural preguntarse si el hito final será una reforma constitucional que permitiese un referéndum sobre la independencia.

en el futuro, pero el independentismo podría hacerlo si desde Cataluña se tuviese la percepción de que España está dispuesta a ser como Alemania —con su Berlín, Múnich o Frankfurt— o, aún mejor, como Canadá, donde la realidad nacional de Quebec es paralela a la catalana y más respetada. Todos los hitos y gestos que vayan en esta dirección marcarán caminos de distensión. No es difícil identificar los ámbitos relevantes: infraestructuras —se habla de puertos y aeropuertos—; establecer y desarrollar en profundidad el consorcio tributario ya previsto y no impugnado en el Estatut de 2006; o no cuestionar la troncalidad escolar del catalán y el objetivo del bilingüismo perfecto y culto. Cada uno tiene su lista pero, en términos generales, diría que será fácil reconocer si las políticas del Gobierno se orientan en la buena dirección. Como he dicho, ocho años pues para la escalada de hitos. Es natural preguntarse si el hito final será un referéndum sobre la independencia o, estrictamente hablando, una reforma constitucional que lo permitiese. Lo dudo mucho, pero también afirmo que es legítimo reivindicarlo. Ciertamente, en algún momento deberá haber una apelación al voto popular para —por así decirlo— sellar el acuerdo con solemnidad, pero no podrá ser pronto y probablemente no podrá ser mientras continúe la cárcel y el exilio.

No soy partidario de una reforma constitucional a corto plazo. No resolvería el conflicto catalán una reforma que tuviese sólo la mayoría exigua en Cataluña.

En particular, no soy partidario de una reforma constitucional a corto plazo. No resolvería el conflicto catalán una reforma constitucional que no tuviese mayoría o sólo la mayoría exigua en Cataluña y no veo otro resultado posible a corto o medio plazo que éste. Pienso además que nuestro problema medular no es uno de Constitución sino de Tribunal Constitucional. Una Constitución que, entre otras muchas cosas, admite una distinción entre regiones y nacio-

nalidades puede tener desarrollos variados y creativos. La ambigüedad en su redacción define muchos caminos abiertos, incluido, por ejemplo, el federal, pero estos caminos se han ido cerrando por la dominancia reaccionaria de la composición del Tribunal Constitucional. Cualquier agenda de distensión habrá de incluir reequilibrar esta composición. Y que no se nos diga que esto es politizar. Los que, como yo, hemos vivido muchos años en Estados Unidos sabemos muy bien que la composición de la máxima corte de un país es un tema esencialmente político. Y, dicho sea de paso, la derecha también lo entiende muy bien, mientras que la izquierda no tanto. Se afirma con frecuencia que no podría haber un acuerdo sólido y duradero si no incluye a la derecha española. Es cierto, pero la observación no puede implicar que esta derecha tenga capacidad de veto en cada momento; y especialmente no en este momento. Tradicionalmente, la izquierda española ha sido más dialogante con Cataluña y ello justifica ahora que, desde los grupos parlamentarios catalanes o vascos, aún los de centroderecha, se les permita gobernar.

En los países democráticos ganan las mayorías y cualquier mayoría es legítima. El día que la intolerancia hacia la diferencia catalana y vasca y el hecho de procurar que ése sea tema central de las elecciones reste a la derecha más votos de los que añada será un día decisivo, un punto de inflexión en el devenir de la sociedad española. Los partidos catalanes deben trabajar para que ese día llegue, lo cual, a mi parecer, no ocurrirá antes de ocho años. Para ello deberían practicar una política suficientemente moderada para garantizar que, si la derecha plantea unas elecciones como un asalto al autogobierno catalán, vasco o gallego, las pierda. Es posible que sea estrecho el corredor entre una moderación catalana sostenible y las políticas que el Gobierno de España con-

Pienso que nuestro problema medular no es uno de Constitución sino de Tribunal Constitucional.

sidere viables en el marco de sus perspectivas electorales, pero estoy convencido de que este corredor existe, de que los resultados electorales actuales lo apuntan y de que es la única esperanza que seriamente nos queda a todos los que queremos evitar que el conflicto se agrave. Ya sé que hay independentistas que no lo ven así, que piensan que la derecha española nunca cambiará y que continuará intimidando a la izquierda, de tal forma que a la moderación catalana siempre le faltará oxígeno. Yo les repetiría que, incluso si creen que es así, precisamente porque lo creen, servirán mejor a su interés pretendiendo que no lo creen, pues son todavía muchos los catalanes que están dispuestos a dar una oportunidad a esa posibilidad y es mejor que no vean en el independentismo una obstrucción a la misma.

El panorama prospectivo que les he descrito, que pasa por la formación del Gobierno de coalición de izquierdas, puede irse a pique por al menos tres razones. Una es que el PSOE sucumba a la presión de los sectores que desean un Gobierno de gran coalición sin Sánchez, aunque eso es algo que no creo probable si éste encuentra una actitud favorable como mínimo de Esquerra. La segunda razón son las emociones de la opinión pública y de las bases de los partidos, como por ejemplo el veto del Parlament catalán al señor Iceta como presidente del Senado, que no tiene otra explicación. Con dirigentes políticos muy estimados en prisión y en el exilio, cualquier incidente o provocación conlleva impactos emocionales que pueden interferir en gran medida en una negociación. Algo que es especialmente así cuando es-

Estoy convencido de que, a medio plazo, una actuación responsable será recompensada electoralmente, pero no puedo evitar expresar el deseo de que los electores supieran contener sus emociones y reaccionar con la cabeza fría también a corto plazo.

tos —y ésta es la tercera razón— inciden en la competencia electoral entre partidos; algo que hemos visto en el pasado pues éste es un factor siempre presente. Seguramente Esquerra quiera abrir paso al Gobierno de coalición pero teme que eso le haga perder votos hacia Junts per Catalunya por la derecha y hacia la CUP por la izquierda; ambas formaciones que se encuentran en la posición aparentemente cómoda de ser aritméticamente irrelevantes, por lo que se pueden permitir los grandes grados de libertad derivados de no cargar con la responsabilidad de la formación del Gobierno de coalición. En cierta forma, lo que describo es lo opuesto a lo que ocurrió cuando en octubre de 2017 el president Puigdemont estuvo a punto de convocar elecciones.

Termino expresando el deseo de que los líderes de los partidos sepan mirar al medio plazo. Estoy convencido de que, a medio plazo, una actuación responsable será recompensada electoralmente, pero no puedo evitar expresar el deseo de que los electores supieran contener sus emociones y reaccionar con la cabeza fría también a corto plazo.

LOLA GARCÍA: Mária, no sé si quieres aportar alguna pregunta.

MÁRIAM MARTÍNEZ-BASCUÑÁN: Me gustaría incidir en el tema de los consensos rotos. Una de las premisas de este encuentro tiene que ver precisamente con la ruptura de los consensos que vienen del 78, pero a mí me gustaría que se reflexionara también sobre si se han roto o no los consensos aquí, en Cataluña. Me refiero a esos consensos que tienen que ver con la neutralidad de las instituciones, por ejemplo, o con los medios de comunicación, y también a las fracturas surgidas en torno a la lengua. En ese sentido, me gustaría preguntarle al señor Mas-Colell qué es lo que construye consenso ahora mismo en Cataluña y cuál es la base para construir ese consenso.

Por otro lado, me gustaría que el ministro Solchaga hiciera una reflexión en relación con los problemas a los que se enfrentan ahora mismo las negocia-

ciones entre el PSOE y Esquerra; se habla mucho de los problemas que presentan dichas negociaciones para Esquerra en términos electorales. También me gustaría que reflexionara sobre el surgimiento de un nacionalismo irredentista que encuentra voz en partidos como VOX. ¿Cómo puede afectar la negociación para formar el primer Gobierno de coalición de la historia de nuestra democracia, con la participación de Podemos y la abstención de Esquerra, a la subida de la ultraderecha en el resto del Estado?

ANDREU MAS-COLELL: Mirando al pasado, sí creo que ha habido un fraccionamiento de consensos en Cataluña. Hasta hace diez años todos nos llamábamos catalanistas, todos apelábamos al catalanismo. Creo que no había excepción. Eso, que significaba algo, que significaba algo importante, ya no ocurre. Recuerdo, por ejemplo, como en el ámbito de la investigación —que conozco bien— se hizo un pacto nacional lleno de vaguedades en 2006 o 2007. En aquel momento yo pensé que era un texto más pero ahora me doy cuenta de que hoy en día ese pacto sería absolutamente irreproducible, porque ahora es imposible que, por ejemplo Ciudadanos y Junts per Catalunya, alcancen ningún pacto. Por tanto, ese catalanismo compartido al menos permitía llegar a acuerdos apelando a una misma tradición.

Como ya he dicho, en el ámbito lingüístico mi ideal es el de la troncalidad de la lengua en la escuela para alcanzar un bilingüismo perfecto. Es decir, un escenario en el que todos los educados en Cataluña sean bilingües y cultos, en el sentido de que las dos lenguas estén al mismo nivel, juntas las dos. Esto yo creo que es un poco más difícil ahora de lo que lo era hace dos años. Y la responsabilidad es mutua: del ataque desde allí y también de cómo se ha procedido desde aquí. Creo que hemos hecho que la agenda de la lengua, o su percepción, resulte un poco menos amable ahora que antes, y esto está relacionado con este fraccionamiento del que les hablo. A algún amigo independentista le digo: «Sí, un gran éxito, el independentismo ha pasado del 25% al

50%. Un 25% de la población catalana se ha vuelto independentista pero el anti-independentismo ha pasado de prácticamente cero a una cifra levada; poned la cifra que queráis. Así que no se, al final, cuál ha sido el negocio». Hemos alcanzado un momento en el que conviene revertir la situación por ambos lados. Lo ocurrido es consecuencia de la intransigencia política, fundamentalmente del PP, y de los tribunales desde el lado español, pero también de una cierta inocencia desde el lado catalán. Y esto habrá que revertirlo poco a poco.

CARLOS SOLCHAGA: En lo que se refiere a los problemas que puede plantear el potencial crecimiento de VOX sobre el posicionamiento del PP, tanto en ésta como en otras materias importantes, la verdad es que yo no me atrevería a banalizarlos. Creo que el PP está extremadamente preocupado por la parte de su mercado electoral que le ha ido comiendo VOX. De manera que, en estos momentos, se juntan dos cosas: la tendencia del PP cuando está en la oposición —porque cuando está en el Gobierno sí que se toma ciertas libertades— a deslegitimar a cualquiera que tenga contactos con aquellos que ellos consideran sus enemigo políticos, y el temor a que el avance de VOX les pueda dejar en una mala situación. La verdad es que todavía es temprano para saber cuál puede ser el recorrido de VOX. Yo soy de esas personas optimistas que creen que tiene un recorrido corto y que, si somos capaces de crear una situación de mejor funcionamiento de las instituciones y pacificar en gran medida el problema de Cataluña, seguramente el recorrido de VOX no va a ser muy brillante, sino que tenderá a ir disminuyendo.

Si somos capaces de crear una situación de mejor funcionamiento de las instituciones y pacificar en gran medida el problema de Cataluña, el recorrido de VOX seguramente no será muy brillante.

Pero los condicionantes que estoy proponiendo no son tan fáciles de alcanzar, por lo que debemos mirar a VOX con cierta precaución.

Dicho eso, creo que, para establecer de nuevo un sistema en el que existan transacciones, negociaciones, sigue siendo absolutamente crucial no excluir a nadie. Hay que evitar por todos los medios dejar a nadie fuera, por más que la derecha se crea con la capacidad de decidir quién es legítimo y quién no lo es, quién es un auténtico patriota y quién no lo es. Y por más que aquí, en Cataluña, determinados independentistas sean capaces de dispensar carnets de catalanidad para distinguir entre buenos y malos catalanes. Hay que superara esa situación y hay que hacerlo mediante lo que podríamos llamar un acto claro de coraje, tanto ciudadano como político. Hay que decir no a determinadas cosas. Tengamos todo el respeto que podamos tener por las víctimas del terrorismo, pero eso no quiere decir que éstas dicten ni condicionen seriamente la política en nuestro país, porque no tienen ninguna razón para hacerlo; tienen derecho a todo nuestro cariño, a toda nuestra misericordia, a toda nuestra empatía, pero no tienen más derecho que otros ciudadanos a decidir sobre tal o cual persona o sobre tal o cual organización, a decidir si alguien que ha pasado por la cárcel y ha cumplido la condena que se le ha impuesto tiene derecho o no tiene derecho a hablar o si queda deslegitimada para toda su vida. Ése es un esfuerzo que tiene que hacer la ciudadanía, un esfuerzo de coraje político que debería ser una regla que se impusiera entre los partidos para acabar con aquellos inquisidores que, desde la derecha española, y a veces también desde posiciones irredentistas en Cataluña, vienen imponiéndonos obligaciones o excluyéndonos de determinadas actividades simplemente porque a ellos no les satisfacen.

MÁRIAM MARTÍNEZ-BASCUÑÁN: Ahora mismo hay sobre la mesa dos posibles pactos de investidura distintos. El apoyo a la ultraderecha puede aumentar si se produce el pacto para la abstención de Esquerra pero también si se creara una gran coalición de constitucionalistas. ¿Cómo valora este escenario?

CARLOS SOLCHAGA: Yo creo que tiene más peligro para el PP el acuerdo con Esquerra. Si Pedro Sánchez sale investido dentro de unas semanas va a ser extraordinariamente difícil, por no decir casi contra natura, formar la mayoría de censura necesaria para echarle. Eso significa que tendremos Gobierno durante cuatro años, o tres años y mucho. En esos cuatro años es donde hay que hacer la apuesta por llegar a mejores estados de convivencia. Si las partes que negocian el conflicto catalán avanzan un poco, si ambas partes reconocen avances y no lo menoscaban, entonces es previsible que la situación se haga menos encrespada, menos enconada de lo que lo es ahora. Entonces, los que desde la derecha tratan de sacar ventaja de la situación actual lo tendrían más difícil.

ANDREU MAS-COLELL: Yo quisiera hacer hincapié en esto. Cuatro años son muchos años. Sin ir más lejos, aquí, en Cataluña, ya nadie se acuerda de cómo salió elegida la alcaldesa Colau.

CARLOS SOLCHAGA: Pero eso es por otras razones.

ANDREU MAS-COLELL: Lo que quiero decir que las cosas pasan muy rápido y que lo decisivo para Esquerra y para Junts per Catalunya, en general para el lado catalán, es lo que se haga en estos cuatro años. Yo creo que la clave de estos cuatro años debe ser que en las próximas elecciones, dentro de cuatro años, salga elegida la misma coalición o una semejante. Ésa será la prueba de que España está tomando un camino dialogante y de moderación y de marginación, por tanto, del radicalismo de derechas.

LOLA GARCÍA: Cuatro años sin elecciones parece una eternidad en la política española, aunque tendremos elecciones en Cataluña.

ANDREU MAS-COLELL: Sí, pero en el gran orden de las cosas creo que la enjundia de esas elecciones es de menor relevancia. Creo que la masa electoral soberanista está muy consolidada en Cataluña. Puede aumentar o disminuir pero van a ser siempre fluctuaciones menores. Puede cambiar el apoyo a cada uno de los tres partidos soberanistas, pero la corriente de fondo, el total del voto soberanista, está muy consolidado. Como dije al final de mi intervención inicial, yo quiero creer que, a medio plazo, el electorado recompensará a los moderados.

CARLOS SOLCHAGA: Andreu y yo estamos de acuerdo en muchas cosas. Sobre todo me agrada comprobar que ambos coincidimos en que la resolución de parte de los problemas del conflicto ni es inmediata ni es fácil sino que va a requerir mucho esfuerzo por parte de todos. Pero me gustaría destacar determinados puntos en los que disiento de lo que ha dicho Andreu. El primero es a propósito del temor que parece que se tiene a Madrid —y que él ha expresado desde Cataluña— a la competencia económica de Barcelona y, en general, de Cataluña. Yo he sido tres años ministro de Industria, ocho años ministro de Hacienda y he estado en la política activa más de veinte años y les juro a ustedes que nunca he visto discutir una ley —ni en el Parlamento ni en el Consejo de Ministros ni en ningún otro contexto de lo que podríamos llamar la villa y corte— pensando en cuáles podrían ser las repercusiones en la supuesta carrera entre Madrid y Barcelona o entre Madrid y Cataluña. Y cuando digo nunca es nunca; aunque no soy el más listo de la clase, creo que me habría dado cuenta si esto pasara de alguna manera. La segunda cosa que no comparto con mi buen amigo Andreu es la desconfianza hacia los jueces. O, si quieren ustedes, desconfío de todos los jueces pero lo hago en la misma medida que desconfío en general de los funcionarios, de los abogados y de otra mucha más gente.

LOLA GARCÍA: Y de los periodistas.

CARLOS SOLCHAGA: De los periodistas sobre todo. Pero, aunque desconfío, trato de convivir con todos ellos. En efecto, existe una tendencia conservadora en la judicatura española que la permea desde abajo hasta arriba, incluido el Constitucional. Dicho eso, no sé si nuestro Tribunal Constitucional estará a la derecha del Tribunal Supremo de Estados Unidos; tal y como lo va a dejar Trump, creo que estará más bien centrado en comparación con los grandes juristas que conformen el Tribunal Supremo en aquel gran país. Pero, aun aceptando que los jueces sean conservadores —si no sale de aquí, les diré que yo en general los prefiero a los jueces progres, ya que los jueces progres son mucho más peligrosos; algunos casos tenemos, verdad Miguel Ángel, en la historia de nuestro país—, de nuevo, no creo que tengan un sesgo necesariamente anticatalán. En concreto, yo no creo que la sentencia reciente —sin entrar a valorar si son pocos o muchos años de condena— esté dictada desde un sesgo particular a priori. Creo honestamente que no es así; lo cual no quiere decir que cada uno de los jueces que estaban allí no tuvieran sus propias opiniones, incluso sus propios prejuicios, cosa que no sabríamos cómo evitar en un ser humano, sea o no sea juez. En ambas cuestiones debo discrepar, porque siento que es de justicia hacerlo. En los once años que he estado en el Gobierno de Madrid o en los veinte años que he sido dirigente político, nunca he visto en las disposiciones que se han tomado eso de: «Nos convendrá o no nos convendrá en relación a lo que pase en Cataluña». Y cuando digo nunca, repito, es nunca. Y, desconfiando como desconfío de los jueces —como de cualquier otra profesión honesta—, tampoco creo que estos tengan un sesgo, a priori, en relación con este tema.

ANDREU MAS-COLELL: Yo no acepto que sea natural que los jueces sean conservadores; simplemente no lo acepto. Creo que, en términos generales, los

jueces deberían reflejar el país tal y como es, sin ningún premio a una naturalidad conservadora. Y creo que en este momento ése no es el caso. Creo que la judicatura, en su conjunto, está sesgada hacia el lado conservador y, como he dicho antes, el progresismo históricamente en España ha sido más dialogante en el tema catalán. Respecto a lo de Madrid... Hombre, ya supongo que en un Consejo de Ministros no se dice: «A ver cómo vamos a fastidiar a Barcelona y a favorecer a Madrid». Por el amor de Dios. Claro que no. Lo que pasa es que todo el sistema está muy condicionado hacia la centralidad de Madrid. El día que esté planeada la línea del AVE entre Barcelona y Valencia te daré un punto.

CARLOS SOLCHAGA: De paso, además de darme un punto, podrías darme los números que justifican esa línea del AVE.

ANDREU MAS-COLELL: Lo que no vale es hacer primero un plan por el cual todas las capitales de provincia se conectan por AVE con Madrid, sin tener en cuenta la racionalidad económica, y después pedir esa justificación económica para otros proyectos y decirles a un catalán y un valenciano que creen que la segunda y la tercera ciudad de España deberían estar unidas por el con AVE que los números no salen. Hay que aplicar los mismos números que se aplicaron en el modelo radial.

CARLOS SOLCHAGA: Apliquemos entonces los mismos números. Por ejemplo, está el tema de las autopistas, del que yo sé que están tan quejosos aquí. En mi opinión, ésa es una queja mal orientada porque lo normal es que las autopistas —al menos su mantenimiento— las paguen los que las utilicen y no los contribuyentes en general. Una de las quejas habituales en Cataluña es que aquí pagamos todos los peajes y en el resto de España salen gratis, pero eso no es verdad del todo, sino que habría que matizarlo. Lo que la gente olvida es lo que les costó a los contribuyentes españoles sacar de la ruina las auto-

pistas españolas y catalanas —la A-7 en su día— porque habían contratado toda la financiación de la obra en marcos alemanes y en yenes japoneses que multiplicaron su valor por cuatro o por cinco desde el momento en que se contrajo la deuda hasta el momento en que tenía que pagarse. Eso nos costó a todos 80.000 millones de pesetas de las de aquella época. Pero, entonces, nadie dijo nada ni preguntó a quién le favorecía. ¿A la autopista de Ciudad Real? No, no, en Ciudad Real no hay autopista. ¿A la autopista de Sevilla? No, no, en Sevilla tampoco había autopista. ¿Dónde estaban las autopistas? Venían de la frontera. Venían de Barcelona y luego bajaban por Tarragona hasta Valencia y Alicante. ¿Dónde más había autopistas? Pues en el País Vasco y —esto debo confesarlo— en mi tierra, en Navarra; porque nadie está libre de pecado. Lo que quiero decir es que, al final, cuando hacemos este tipo de comparaciones, cuando decimos que una estructura es centralista y lleva necesariamente al perjuicio de determinada zona, hay que justificarlas un poco más.

Respecto a la otra cuestión, al menos en mi época —en ésta ya no me atrevo a juzgar—, nadie iba buscando maneras de fastidiar a Cataluña. «Y tú, ¿qué has traído hoy para fastidiar a Cataluña?». No, eso parece un poco duro. De verdad. He presidido la Comisión Delegada de Asuntos Económicos durante ocho años. Por allí pasaba de todo, desde el plan de autopistas hasta los planes de regadío, y nunca nadie ha dicho algo así, sino todo lo contrario: «Oye, ¿no te parece que esto en Cataluña podría estar mal visto?».

LOLA GARCÍA: Con el centralismo hay zonas que se sienten perjudicadas pero lo que está claro es que beneficia una zona muy concreta.

CARLOS SOLCHAGA: ¿Cuál?

LOLA GARCÍA: Madrid, básicamente. ¿No?

CARLOS SOLCHAGA: ¿Y los costes de capitalidad?

LOLA GARCÍA: Bueno, me temo que no tenemos tiempo para profundizar más en este debate, pues ha llegado el momento de abrir el turno de preguntas al público.

PREGUNTA DEL PÚBLICO: Yo quería hablar de un tema concreto que siempre se debate pero para el que parece que nunca encontramos una respuesta: ¿Cataluña es o no una nación? Para superar este tema uno se pregunta si no sería mejor que España fuera un Estado federal. Ésta es la pregunta: ¿es posible un Estado federal? ¿Podría ser ésa la solución a todos los problemas?

ANDREU MAS-COLELL: A todos evidentemente no. La Constitución española es muy rara en ese respecto. Al final, cuando uno va al extranjero y trata de explicarla termina por decir: «Es como si fuera un Estado federal». Entonces te responden: «¿Si es como un Estado federal, por qué no se hizo federal?». Ése es el problema. España no se hizo federal para hacer esta cosa rara que no se puede explicar, donde unos confiaban en que se pudiera avanzar en la dirección federal y los otros confiaban en que se pudiera volver atrás. Eso es lo que ha hecho el PP: intentar volver atrás. Pero, efectivamente, fue un error no constituir un Estado federal en 1978.

Respecto a la Constitución, en 1978 España no se hizo federal para hacer esta cosa rara que no se puede explicar, donde unos confiaban en que se pudiera avanzar en la dirección federal y los otros confiaban en que se pudiera volver atrás.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR: Pero ¿la vía federal sería realmente una solución? ¿No creéis que, de verdad, Cataluña quiere algo distinto? La federación es algo que iguala a todos los territorios, pero ¿no creéis que Cataluña quiere ser diferente?

ANDREU MAS-COLELL: Por eso he dicho que mejor Canadá que Alemania. Canadá creo que también es una federación.

CARLOS SOLCHAGA: Estado federal o no, yo creo que estas cosas solamente se pueden juzgar en el contexto histórico en el que se produjeron. Las repúblicas federales no nacen en países viejos que ya están unidos —aunque en ocasiones esa unión incluya una falta de entendimiento entre quienes lo conforman— desde hace quinientos años, o no sé cuántos. Las repúblicas federales nacen como nació Estados Unidos o como en cierta medida nació durante el periodo bismarckiano, mal que bien, un imperio con un gran poder de los Länder, de los poderes regionales, en Alemania. No sé si se hubiera podido crear una monarquía federal en 1978. Es posible pero la realidad es que, por aquel entonces, eso era algo que no se le pasaba a casi nadie por la cabeza.

Por otra parte, una Constitución federal no resolvería todos los problemas y, además, solamente si hubiera un acuerdo muy claro por parte de Cataluña podría ser un marco de convivencia favorable. Y permítanme que ponga en duda que pudiera lograrse ese apoyo por parte de Cataluña.

JOAN MARIA VALLÉS: Al hilo de las especulaciones constitucionales y aprovechando que tenemos un navarro en la tribuna, ¿no sería posible —no ya dentro de dos legislaturas sino quizás incluso de tres, o más— un modelo como el navarro, que algunos han calificado de confederalismo extraño, puesto que, como todos ustedes saben, los acuerdos de los gobiernos navarros son ratificados por los respectivos Parlamentos sin posibilidad de enmienda por parte de esas

dos legislaturas? ¿Cabría, a ese largo plazo en el que todos nos situamos, esbozar algo de esta manera o es un puro ensueño que hay que descartar?

CARLOS SOLCHAGA: Los conciertos económicos nacen porque ya existían —en el caso de Navarra el convenio foral— o porque, como en el caso de las provincias vascas, hubo de restaurar en las llamadas por Franco «provincias traidoras» la situación que existía antes de la Guerra Civil. De ahí nacen y, como tal, constituyen una excepción reconocida en la Constitución. Y, todo hay que decirlo, una excepción que quizá no debiera haberse dado. Ése sí que es un tema para discutir. Y, en su momento, se discutió. Yo casi hice una carrera política luchando contra el concierto económico en el País Vasco; como digo, casi hice una carrera para arruinarme. Por fortuna, el partido me trasladó a Madrid y ya no tuve que seguir trabajando en ese tipo de temas. Pero la verdad es que tengo muchas dudas de que la resultante fuera viable; no sé si este sistema del concierto más el cupo es lo que más habría de convenir en una sociedad que está cambiando muy rápidamente. Es innegable que les ha ido muy bien a quienes lo han tenido hasta ahora, pero no porque el sistema fiscal sea particular —que las diferencias son apenas apreciables— sino porque cuando ha habido que discutir la actualización del cupo en función de su poder de aportación, es decir, de su participación en el PIB, muchos —entre ellos yo— no lo hicimos. No lo hicimos porque había graves problemas de inestabilidad política en el País Vasco. Pero ésa es una tarea pendiente que habrá que abordar algún día. Eso permitiría que lo que podríamos llamar sistemas de régimen común y sistemas forales convivieran con menos diferencias de las que ahora existen.

LOLA GARCÍA: Para concluir, quiero resaltar un par de cosas que se han dicho hoy aquí, a modo de titulares. Distensión, interlocución, prudencia, tiempo... Se ha hablado de ocho años y se ha hablado también del cambio constitucio-

nal, aunque el señor Solchaga habla más bien de cambios puntuales en la Constitución, por el procedimiento ordinario y sin excluir al PP.

CARLOS SOLCHAGA: Me gustaría matizar eso, porque hay una diferencia importante entre cambios de una naturaleza y de otra y he podido hacerles incurrir en un malentendido. Yo pondría un énfasis mucho mayor en que, a pesar de la incomodidad que a mí personalmente me produce negociar con los partidos de la derecha española, a pesar del hartazgo que me produce oírles pronunciarse con esa hipocresía suya respecto a las víctimas del terrorismo, unas veces, las víctimas del aborto, otras veces, o las víctimas de no sé qué, no hay que excluir a nadie de las negociaciones. Si ustedes excluyen o si nosotros excluimos a la derecha —como ocurrió en el 2006 con aquel malhadado proyecto de Estatut— en España no habrá ninguna posibilidad de alcanzar un acuerdo que sea perdurable.

LOLA GARCÍA: También me quedo con otra frase del conseller Mas-Colell, que ha dicho que el problema no es la Constitución sino el Tribunal Constitucional. Ahí también podría buscarse una vía para intentar hacer algo.

ANDREU MAS-COLELL: Claro.

CARLOS SOLCHAGA: Claro no, claro no.

ANDREU MAS-COLELL: A mí me parece claro que el presidente Zapatero no hizo los deberes en el tema del Constitucional con relación al Estatut de 2006.

CARLOS SOLCHAGA: En eso estoy de acuerdo.

LOLA GARCÍA: Muchas gracias. Gracias a todos.

Andreu Mas-Colell es catedrático de Economía en la Universitat Pompeu Fabra. Fue catedrático de Economía en la Universidad de Harvard entre 1981 y 1996, profesor de Economía y Matemáticas en la Universidad de California, Berkeley (1972-1980) y presidente del Graduate School of Economics de Barcelona (2006-2010).



Ha trabajado como editor del *Journal of Mathematical Economics* (1985-1988) y de *Econometrica* (1988-1992). Fellow de la Econometric Society, de la que fue presidente en 1993, en 1997 fue elegido Foreign Associate de la National Academy of Sciences de Estados Unidos y Foreign Honorary Member de la American Economic Association. Asimismo, ha sido Sloan Fellow y Guggenheim Fellow, miembro de la ejecutiva de la International Economic Association y presidente de la Asociación Española de Economía y de la European Economic Association (2006). Entre 2000 y 2003 fue conseller de Universidades, Investigación y Sociedad de la Información de la Generalitat de Catalunya y entre 2010 y 2016, conseller de Economía y Conocimiento. En 2005 fue elegido miembro del Institut d'Estudis Catalans y en 2008 de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Secretario general del European Research Council desde julio de 2009 hasta agosto de 2010, también ha sido miembro del Consejo Asesor del Servicio de Estudios de "La Caixa", presidente del Consejo Científico Asesor en I+D de Telefónica y miembro de la Junta Directiva del Cercle d'Economia.



Carlos Solchaga. Nacido en Tafalla (Navarra) en 1944, se licenció en Ciencias Económicas por la Universidad Complutense de Madrid (1965). Amplió después estudios en Basilea y en Estados Unidos y se doctoró en 1968. Formó parte del Servicio de Estudios del Banco de

España hasta 1974, donde se especializó en temas de economía internacional y llegó a ocupar la jefatura de sección de Balanza de Pagos y Economía Internacional. Tras obtener escaño por Navarra en las elecciones generales de 1982, en diciembre del mismo año fue nombrado ministro de Industria y Energía en el primer Gobierno socialista de Felipe González. En julio de 1985 fue nombrado ministro de Economía y Hacienda en el segundo Gobierno de Felipe González, cargo en el que fue confirmado en 1988, tras la remodelación del gabinete, y en el que permaneció hasta 1993. En la actualidad es socio-director de la consultoría Solchaga, Recio & Asociados.



Lola García. Antes de convertirse en directora adjunta de *La Vanguardia*, fue subdirectora y responsable de las secciones de Política, Vivir y Deportes de dicho diario. Con anterioridad, trabajó en *El Periódico de Catalunya*, primero en la sección de Cosas de la

Vida y después como redactora jefa de la sección de Política. Licenciada en Periodismo y en Ciencias Políticas, es autora del ensayo *El naufragio*, publicado por Península en 2018.

Máriam Martínez-Bascuñán es profesora de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid y especialista en Teoría Política y Pensamiento Feminista. Tras finalizar sus estudios de Ciencia Política y Derecho en el Instituto de Estudios Políticos de París, fue investigadora visitante en la Universidad de Chicago y en la Universidad de Columbia. Ha publicado numerosos artículos académicos en revistas



como *Journal of World Political Science*, *REIS*, *Isegoría* y *REPC* y, junto a Fernando Vallespín, es coautora de *Populismos*, publicado por Alianza en 2017. Desde junio de 2018 es directora de Opinión del diario *El País*.



Mária Martínez-Bascuñán y Carlos Solchaga



Andreu Mas-Colell y Lola García



Arriba: Javier Faus / Abajo: Miguel Ángel Aguilar, Marta Angerri, Carlos Solchaga, Juan de Oñate y José-Vicente de Juan



Arriba: Mária Martínez Bascañán, Andreu Mas-Colell, Miguel Ángel Aguilar, Javier Faus, Carlos Solchaga y Lola García / Abajo: Salón de actos del Cercle d'Economia de Barcelona durante el 17 diálogo «España plural / Catalunya plural»



Algunos asistentes al 17 diálogo «España plural / Catalunya plural»



Salón de actos del Cercle d'Economia de Barcelona durante el 17 diálogo «España plural / Catalunya plural»

© de la edición:

Asociación de Periodistas Europeos, 2020
Cedaceros, 11; 28014 Madrid
Tel : 91 429 6869
info@apeuropeos.org
www.apeuropeos.org

Fundación Diario Madrid, 2020
Larra, 14; 28004 Madrid
Tel.: 91 594 4821
info@diariomadrid.net
www.diariomadrid.net

© de los textos: sus autores

© de las ilustraciones: sus autores

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores

Coordinación:

Juan Oñate

Fotografías:

Colorin Colorado Fotografía de Cuento

Edición, diseño y producción editorial:

Exilio Gráfico